

de campo, recopilando cartas, nombramientos, papeles perdidos y documentos manuscritos de aquellos cosmógrafos. Con todo ello ha sido posible aclarar quiénes son los autores de los mapas y las fechas en las que se realizaron los trabajos cartográficos, aportando pruebas documentales. Esta labor de investigación se complementa con el minucioso análisis de mediciones realizadas con aparatos topográficos (descubiertas hace pocos años en los archivos suecos) y de los documentos cartográficos, lo que ha permitido establecer cuáles eran los métodos de trabajo y los instrumentos empleados. El resultado de estas pesquisas ya había sido mostrado parcialmente en algunos artículos, conferencias y congresos, pero ahora se publica de forma más extensa y con abundantes ilustraciones extraídas de los documentos originales, lo que ayuda notablemente a la interpretación de los textos. Esta aportación, imprescindible para un amplio elenco de disciplinas, revive un periodo poco conocido dentro de la Historia de la Cartografía española y esperamos que sirva como punto de partida para otras investigaciones. Es una interesante contribución repleta de novedades sobre nuestro pasado cartográfico que esperamos que sirva para que los hispanistas e historiadores extranjeros corrijan de una vez por todas aquellos errores que repiten sin cesar en sus artículos o en los compendios más afamados sobre Historia de la Cartografía. El libro puede descargarse de forma gratuita en la web del Instituto Geográfico Nacional a través del siguiente enlace:

<http://www.ign.es/ign/layoutIn/libDigitalesPublicaciones.do>

Basilio Calderón Calderón
Departamento de Geografía
Universidad de Valladolid



Tomás CORTIZO ÁLVAREZ: *Handscape. Los paisajes de la acción*. Oviedo, 2011. Tria-Ka, 504 pp. [ISBN 978-84-615-4642-1]

Tomás Cortizo Álvarez nos ofrece una obra madura, seria y muy meditada sobre asuntos que preocupan de siempre a los geógrafos, pero que aquí se desgranar con un enfoque muy personal resultado de sus muchos años de docencia universitaria, de su práctica geográfica y de un saber reposado y nutrido de cono-

cimientos y experiencia; ingredientes ambos, me atrevería a decir, combinados en similar proporción. El autor expresa desde el principio y con claridad sus intereses, los mismos que fundamentan el libro: el campo, la acción y el presente, que se resumen –nos dice– en una tarea: observar el territorio, algo sustancial para el geógrafo. Y sin renegar del pasado, de la importancia de la perspectiva histórica para comprender y explicar la acción del hombre sobre el medio, Cortizo apuesta por el presente como método, es decir, como posición desde la cual dar cuenta cabal de las transformaciones y los cambios conforme estos se producen, porque “el geógrafo no puede esperar a que los procesos concluyan” para entrar en acción, para aplicar lo que sabe (pensar, hacer) a la toma de decisiones que van a influir en el futuro (actuar). En este punto del argumento el autor está pensando en el planeamiento urbano y en la ordenación del territorio, ámbitos que se prestan como pocos al ejercicio de una geografía activa o aplicada.

Y se hace preciso insistir: no es que Tomás Cortizo como geógrafo desdeñe la Historia, pero otorga preferencia a la acción. En esto radica la originalidad de su pensamiento y de este libro, centrado en los *paisajes hechos a mano*, esos que sin dificultad percibe el observador atento y curioso.

El libro se estructura en cuatro bloques con títulos sugerentes, alguno de ellos audaz y ¿provocador?: “El territorio bien temperado”, “Los intermediarios del paisaje”, “Nabos crudos para cenar” y “Paisaje para un príncipe”. Cada uno de estos bloques tiene entidad propia y un enfoque singular, como si de cuatro libros en uno se tratara, ligados por el hilo conductor de la mirada crítica sobre los hechos, los fenómenos y los procesos que la realidad más próxima al autor pone en evidencia, con luces y sombras. El primer bloque reúne escritos y reflexiones sobre la geografía como disciplina, una ciencia para Cortizo *atribulada*; también aquí se repasa esa geografía que los geógrafos proponen con diferente enfoque y que parecen muchas distintas (¿el problema de la unidad?); se ocupa de la tiranía del territorio, de los proyectos que el tiempo se lleva y que no llegan a ser presente (ni futuro); del geógrafo que deja su huella en toda una generación y nos abandona antes de tiempo (Emilio Murcia); del giro hacia el presente como necesidad y compromiso social porque, ¿para qué sirve un geógrafo?; y, por último, hay un hondo interés por la escala, volcada en el texto que se enuncia como “Los tres niveles de la escala, un encaje sutil”, que transita de lo singular a lo general; o como hoy se dice, de lo local a lo global.

El segundo bloque, *Los intermediarios del paisaje*, que podríamos considerar capítulo, aunque el autor plantea para su obra una estructura sin corsé, se ocupa del paisaje y agrupa escritos que dan pie a re-pensar conceptos. El paisaje es para Cortizo, de entrada, ambiguo: una suma de datos objetivos y de emocio-

nes, cargado de subjetividad. No obstante, advierte, el geógrafo debe ir más allá de la plasticidad de los paisajes y proyectar una mirada analítica sobre la forma y la función; mirada que debe también estar atenta a los aspectos jurídicos, ya que éstos nos permiten hablar del paisaje en términos de patrimonio o de bien cultural. El autor introduce en este marco la idea de paisaje como espejo del territorio y para ilustrar su pensamiento hace referencia a ciertas vistas (puerto del Musel, Paseo del Prado...) que le han sugerido la idea que desarrolla y que no quiere escatimarle al lector, por no esconder ninguna baza sobre el método para construir su pensamiento geográfico. A propósito de los paisajes Cortizo lanza otro desafío: la geografía bien podría ayudar a resolver el dilema entre la necesidad de la acción y sus consecuencias, y a comprender y fijar los límites y los fines de la acción humana. Y en relación con todo esto hace un inciso para reflexionar sobre una práctica académica que no debe menospreciarse: las excursiones en geografía. La idea del viaje, la función del viajero, el progresivo avance del visitante sobre los lugares son asuntos que el autor enlaza con *viajes* a parques y descampados (esa realidad próxima, bien conocida, parte de la rutina cotidiana, del ir y venir del trabajo a casa y viceversa) en un intento de ordenar las acciones y establecer con precisión cómo debe moverse el geógrafo en el territorio y a través de las escalas.

El tercer bloque *Nabos crudos para cenar* ofrece una gavilla de textos muy diversos y sugeridos al autor por múltiples paisajes urbanos y naturales (“Rotulación de calle en Mieres”, “Gran Vía de Madrid”, “Robledal y encinas en invierno”, “Pinar en Guadarrama”); paisajes industriales y rurales (“La térmica de la MSP en Ponferrada”, “Trigales en Palencia”) interpretados bajo un óptica de tintes antropológicos e ilustrados con hermosas fotografías del propio autor, a las que vendría bien un pie que las identifique, para no fiar a la memoria del lector datos e información que quizá ni siquiera se tienen (mientras ojeo el libro hay imágenes que de inmediato reconozco y puedo situar sin dificultad; pero hay otras que no, que me cuesta identificar o que simplemente desconozco). El cuarto y último bloque se deja leer con agilidad y cierta presteza tras las páginas densas que lo preceden, aunque también la hondura de pensamiento impera en el trayecto final del libro. *Paisaje para un príncipe* es un recopilatorio de esos lugares que dejaron huella en el observador: en unos casos son paisajes que pertenecen a la historia, son pasado o memoria, están hoy pero pueden, en cualquier momento, esfumarse; en otros casos son paisajes que retornan bajo el signo de la modernidad y la lógica de los tiempos que corren; en otros casos, en fin, son paisajes como el que brinda la Fábrica de Armas de Oviedo, de los que Cortizo extrae una lección para el futuro.

En definitiva, Tomás Cortizo realiza en este libro un ejercicio intelectual de gran calado que se traduce en un texto de notable densidad de ideas y sugerencias, algo poco habitual y que nos devuelve la ilusión por la geografía pura y comprometida. Y si algo es evidente desde la primera página, es que su autor es un geógrafo entusiasmado con su oficio.

Paz Benito del Pozo
Departamento de Geografía y Geología
Universidad de León



Manuel VALENZUELA RUBIO (Coordinador): *Las ciudades españolas en la encrucijada: Entre el “boom” inmobiliario y la crisis económica*. Real Sociedad Geográfica. Madrid, 2013, 584 pp. [ISBN 978-84-616-6726-0]

De vez en cuando, es conveniente detenerse a reflexionar, a mirar con ojo crítico aquello sobre lo que habitualmente reconocemos y tomamos como objeto de nuestro análisis pero que en muchas ocasiones lleva la impronta de lo inmediato: defender una Tesis, publicar en una determinada revista, escribir un libro o entregar los resultados de un proyecto financiado.

Por otro lado, tal como lo entiende Peter Burke en su *Historia social del conocimiento*, la esencia del trabajo de investigación y de la construcción del saber, en general, que comienza recabando conocimiento, pasa por su análisis (contar, medir, clasificar, comparar) y culmina con su difusión con la intención última de llegar a construir y ser un “conocimiento útil”.

Pues bien, en este contexto, el Proyecto URBSPAIN¹, con Manuel Valenzuela Rubio a la cabeza, es ejemplo modélico de lo arriba expresado, en todos los sentidos. En esa labor de divulgación se inserta el libro que comentamos, editado

¹ Proyecto de Investigación “Las ciudades españolas en la etapa autonómica. Dinámicas, procesos y políticas (1978-2012) (URBSPAIN)”, financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad en el marco del Plan Nacional I+D+i (Código: CSO 2009-11261-Subprograma GEOG).